

Honorar la Vida

.....dones, tangos i altres cançons,

**Amb Martha Giordano, veu
Florença Amengual, bandoneon
Amèlia Alvera, dansa**

Este espectáculo se estrenó el día 1 de julio de 2011 en el Centro de Cultura de Dones Francesca Bonnemaison de Barcelona

Para vencer a las sombras

Al final de la tarde de ayer, en el *Centre de Cultura de Dones Francesca Bonnemaison* de Barcelona, había una cita en torno a una relación estimulante: la mujer, la danza, el tango y otras canciones.

La propuesta venía de la voz de Martha Giordano, Amèlia Alvera en danza, y el bandoneón de Florença Amengual.

La organización y el público, mayoritariamente femenino, cubrieron casi por completo el recinto, una bella sala en forma de pequeño anfiteatro, idónea para un espectáculo de carácter intimista y reflexivo.

Yo no tenía noticia de los títulos a interpretar. Llegué dispuesto a gratos reencuentros musicales, a ver cómo se comunicaban las personas que harían suyas esas composiciones.

Desde el primer momento estuvo claro el protagonismo de los textos y sus correspondencias, la delicadeza sobria e intensa para transmitir contenidos, la figura de la mujer en una liturgia proyectada hacia cualquier criatura sensible y lúcida, donde el aliento del sur pudiese hermanar evocaciones y consignas, resistencias, testimonios para subrayar, edificar o reconstruir una dignidad vital que siempre estuvo ahí, dentro de cada ser, porfiando por mantener la rebelde alegría, el etéreo pero visible organismo de los mejores sueños.

Amèlia y Florença ocuparon sus asientos. Martha, desde un costado en penumbra de la sala, puso en marcha un breve y sustancioso prólogo, unos versos desnudos que ubicaron de inmediato al espectador, le dieron cabida en

el triángulo de mujeres que empezaba a convocar nombres, paisajes, historias, emociones, vida también nuestra.

No fue nada extraño que intuyese a lo lejos, apoyada su silueta en el marco de una puerta iluminada, la mirada complacida de Eladia Blázquez, una autora que abriría (*A un semejante*) y cerraría (*Honrar la vida*, nombre extendido al espectáculo) la excelente selección de piezas musicales, una fusión enriquecedora donde se incluyó otro de sus temas capitales: *El corazón al sur*.

(...)

*Mi barrio fue una planta de jazmín,
la sombra de mi vieja en el jardín,
la dulce fiesta de las cosas más sencillas
y la paz en la gramilla de cara al sol.
Mi barrio fue mi gente que no está,
las cosas que ya nunca volverán,
si desde el día en que me fui
con la emoción y con la cruz,
yo sé que tengo el corazón mirando al sur.*

(...)

Esos mismos latidos de Eladia golpeaban entonces con fuerza en el atardecer barcelonés. El norte, prudente y comprensivo, se había retirado para dejarnos solos con Malena, Alfonsina, Nonino, Astor, los hermanos Expósito, Cátulo Castillo, el gordo Troilo, M^a Elena Walsh, Ariel Ramírez, Homero Manzi, que *volvían* a nosotros con Gardel y Le Pera. Para dejarnos solos, dije. No, para dejarnos infinitamente acompañados con quienes nunca nos han abandonado.

La voz respetuosa, cálida, modulada desde la esencia de los textos para comunicarlos fieles a sí mismos, la firme convicción en sus contenidos, la humanidad tan cercana y enhiesta de Martha Giordano dejó a los autores y personajes abrazados a nosotros.

Amèlia Alvera trazó líneas de suave y sentido misticismo a través de su cuerpo y ademanes, dejó puentes invisibles, indicó con la cabeza hacia arriba que son posibles otras rutas. Cuando bajó la frente hubo una siembra de solidaridad, futuras flores en esta tierra.

El bandoneón de Florencia, valiente, medular, apartado de florituras y frivolidades, cuidando matices entre blanco y negro, dijo frases verdaderas al mismo tiempo que apoyaba con solvencia movimientos y voces. Se demostró cómo ese instrumento, con tanta mitología masculina a cuestas, recibe obediente y muy dispuesto los dedos talentosos de mujer.

La intervención de estas tres artistas mantuvo entre sí un diálogo permanente, ampliado en cada uno de los compositores aludidos. Un diálogo sustancial, serio, muy meditado en su aparente simplicidad.

La duración del acto resultó apropiada para que el público quedase unido a la respiración más honda del conjunto, para que éste se prolongara en las vivencias de los asistentes, quienes en todo momento siguieron muy atentos el curso de las canciones, aplaudiendo con entera empatía.

Eladia, ya alojada en el interior de los presentes, por intermedio de Martha nos recordaba en los últimos versos:

(...)

*Merecer la vida es erguirse vertical
más allá del mal, de las caídas.*

*Es igual que darle a la verdad
y a nuestra propia libertad
la bienvenida.*

*Eso de durar y transcurrir
no nos da derecho a presumir.*

*Porque no es lo mismo que vivir,
honrar la vida.*

Con una poderosa reminiscencia rioplatense fue llegando la noche. Entre saludos, afectos y felicitaciones la vida, efectivamente, había sido honrada en aquel espacio.

Las sonrisas verificaron el hecho. Incluso algunas de las lágrimas retenidas a lo largo del acto se pusieron a brillar afuera, libres, independientes, convencidas de ser luces voluntarias, criaturas amparadas por la ética para vencer a las sombras sordas de la calle.

Héctor Rosales

Barcelona, 2.07.2011

www.hrosales.com



